

PALABRAS DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, ANDRÉS PASTRANA ARANGO, EN LA INSTALACIÓN DE LAS SESIONES ORDINARIAS DEL CONGRESO DE LA REPÚBLICA

Bogotá D.C., 20 de julio de 2002

MISIÓN COLOMBIA: UNA SEMILLA DE FUTURO

Señores Congresistas:

Quiero iniciar estas palabras, en la instalación del nuevo Congreso de La República, con una invocación a Dios para que los guíe e ilumine en su tarea de trabajar durante los próximos cuatro años por el bienestar y progreso de todos los colombianos, poniendo siempre a nuestra Nación por encima de todo otro interés.

Al dirigirme a ustedes, como voceros del pueblo, hablo para toda la nación colombiana, para todos aquellos que en este momento nos ven por televisión o nos escuchan por radio, para los que leerán estas palabras, para los más de 40 millones de colombianos que han constituido la razón de ser de mi Gobierno.

Amigos congresistas; colombianas y colombianos:

Colombia, nuestra querida Empresa Colombia, tiene mil razones para creer, mil razones para la esperanza; nuestros hijos tienen múltiples motivos para tener fe en su futuro y nosotros tenemos el inmenso compromiso de hacer realidad el sueño de progreso y paz de esa inmensa mayoría de colombianos de bien.

Al concluir mi Gobierno, es imperioso preguntarse: ¿Cómo aportamos en los cuatro años pasados para avanzar hacia esta meta compartida por todos? ¿Cómo sentamos las bases de una nación viable, de un país posible, que hoy mira con más entereza, más certeza y más claridad su propio futuro?

Repito hoy lo que expresé hace un año en este mismo recinto: el concepto que guió a mi administración fue el de la responsabilidad.

Ejercimos un gobierno austero, superamos la peor crisis fiscal en 70 años y sentamos con ello los pilares del crecimiento económico. Desarrollamos un plan social extraordinario, histórico, particularmente en las zonas más humildes y apartadas de Colombia. Intentamos, como nunca antes, alcanzar la paz por la vía del diálogo y, como Presidente, asumí los riesgos políticos de

esta decisión. Trabajamos para devolver la dignidad y el protagonismo internacional a nuestra patria.

Sobre esas premisas básicas obré, y hoy, con la satisfacción de haber hecho un trabajo responsable, puedo rendirles cuentas a ustedes y a todos los colombianos sobre mis actos de gobierno.

LA RECUPERACIÓN DE LA ECONOMÍA

¡Comencemos hablando de economía! El recuento retrospectivo nos permite comparar y entender claramente las dimensiones e importancia de los progresos alcanzados durante mi Gobierno:

Esto fue lo que encontramos hace cuatro años:

El desempleo se había duplicado entre 1994 y 1998, pasando del 7.6% a cerca del 16%. El índice de inflación en agosto de 1998 estaba cercano al 19%. Las tasas de interés superaban el 50% efectivo anual, haciendo imposible cualquier negocio e impagable toda deuda.

El peso, artificialmente revaluado, hacía más atractiva la importación de bienes que la producción y compra de productos nacionales. El sistema de vivienda estaba colapsado.

El sector financiero estaba al borde de una crisis total, el sector agrario iba en franco retroceso, la exploración petrolera estaba en descenso y la credibilidad financiera internacional era mínima.

De haber continuado por el camino del gasto sin control, renunciando a tomar medidas indispensables, aunque impopulares, estaríamos ahora en una situación semejante a la de otros países cuyos gobernantes no asumieron el desafío de realizar las reformas necesarias en el momento oportuno.

Pero tomamos el reto y obramos con responsabilidad: Primero que todo, rompimos la tendencia creciente del desempleo que heredamos. Para mayo de este año, las cifras indican que gracias, entre otras muchas acciones, a los programas de alto impacto social y regional del Plan Colombia y al despegue de la construcción de vivienda, estamos alcanzando el objetivo primordial de generar empleo en las pequeñas ciudades y sectores rurales del país.

Éstas son razones importantes por las cuales la tasa de desempleo a nivel nacional bajó, entre un máximo del 17.9% en enero de este año al 15.3%, en mayo. Sé que parece poco, pero es muy significativo frente al difícil entorno fiscal, las crisis

internacionales y el empobrecimiento que trae la guerra que nos han declarado los terroristas.

No obstante lo anterior, en el año 2000 se generaron más de 1 millón de empleos, 923 mil en el 2001, y en los cuatro primeros meses de este año, más de 200 mil. En este contexto, hay que considerar que el incremento de la población en capacidad de ingresar al mercado laboral, particularmente de las mujeres y los jóvenes, ha hecho que los empleos generados por la economía no se vean necesariamente reflejados en una disminución dramática del índice de desempleo.

Durante mi mandato, el incremento anual del costo de vida disminuyó de un 18.9%, en agosto de 1998, a una inflación de un solo dígito durante los últimos tres años, la cual está hoy cercana al 6%, la más baja en los últimos 30 años. ¡Derrotamos la inflación y, con ella, el impuesto más costoso e injusto para los colombianos más pobres!

Visto de otra manera, en estos cuatro años el ingreso real de todas las familias, con base en el salario mínimo, creció siempre por encima de la inflación.

Bajamos en más de 30 puntos los intereses, pasando de más del 50% en 1998 a un 16.5% en la actualidad, con lo cual estamos reactivando el crédito y estimulando la inversión.

Además, por la seriedad y la coherencia de nuestra política cambiaria, liberamos la tasa de cambio sin sobresaltos, la cual ha tenido una devaluación real del 30% durante mi mandato, una devaluación muy razonable que, además, ha aumentado la competitividad de nuestros productos en el exterior y nos ha permitido exportar más.

Con los mecanismos de ajuste fiscal que, con responsabilidad, pusimos en práctica, el déficit consolidado del sector público, es decir, el exceso de gastos sobre ingresos, bajó del 5.6% en 1999 al 3.5% en el 2000 y hasta el 3.3% en el 2001. Tenemos previsto que este año sea del 2.6%.

Con la aplicación de enérgicas medidas de emergencia evitamos una dura crisis en el sector financiero colombiano, gracias a lo cual hoy está fuerte, consolidado y recuperando su papel de intermediación de recursos para el sector real de la economía.

Se desembolsaron cerca de 1.5 billones de pesos para aliviar la situación de los deudores de la banca hipotecaria, 5.7 billones de

pesos para el saneamiento y reestructuración de la banca pública y 1.4 billones en créditos a los accionistas de la banca privada para el saneamiento y capitalización de sus entidades. Esto quiere decir que invertimos el 4.2% del PIB para evitar una crisis financiera, una cantidad importante pero pequeña si la comparamos con el costo que esto ha tenido para otros países del mundo que han tenido que destinar entre un 10% y un 55% de su PIB en esta tarea.

Y debemos ser claros: Rescatar el sector financiero fue mucho más que salvar la banca: fue salvar el ahorro de millones de colombianos y salvar la casa de cerca de 800 mil deudores de vivienda, avanzando, además, hacia una reactivación de la construcción de vivienda que hoy se está consolidando.

En efecto, mientras que en 1999 la construcción decreció en un 30% y un 8% en el 2000, en el 2001 creció en la importante cifra de un 11%, situándose en el primer lugar de desarrollo de la economía nacional.

Y hay más: durante los tres primeros meses de este año, el sector de la construcción ya se ha incrementado en un 23% con relación al mismo periodo del año anterior, dando oportunidad de trabajar, progresar y vivir dignamente a miles de personas.

¿Quién puede decirme que lo que hicimos no valió la pena? ¿No son esta suma de hechos concretos más y más razones para creer y tener fe en nuestro país?

También nos la jugamos toda contra el contrabando en defensa de la industria nacional y dentro de nuestras decididas acciones anticorrupción.

Como resultado de este esfuerzo, el contrabando abierto ha disminuido en más de mil millones de dólares y, tan sólo el año pasado, decomisamos mercancías ilegales por un valor superior a los 140 mil millones de pesos.

Enfrentamos con la colaboración de algunas empresas multinacionales y en defensa de la industria nacional, el contrabando de cigarrillos, de electrodomésticos, de licores y de autopartes, reduciéndolo a niveles mínimos nunca antes observados.

¿Y qué decir del campo colombiano? Hemos dejado atrás el abandono de nuestro campo, y hoy crece a tasas superiores al resto de la economía.

Mientras en 1996 el agro tuvo un crecimiento negativo y en 1998 estuvo prácticamente paralizado, en el año 2000 ascendió un formidable 5.2%. En el 2001 creció el 1.5% y para este año se prevé un crecimiento del 2.7%.

Hemos incrementado los cultivos en 350 mil hectáreas y la producción de alimentos ¡en cerca de 2.9 millones de toneladas que dejamos de importar!

Por supuesto, la reactivación del campo pasa por una adecuada distribución de la tierra y, con satisfacción, hoy puedo decirles que, a través del Incora, adjudicamos más de 6.5 millones de hectáreas a más de 100 mil familias de campesinos, colonos, indígenas y comunidades afrocolombianas en diferentes regiones del país.

¡Más de 100 mil familias que son nuevas dueñas de su tierra! Ésta sí es una verdadera revolución del cambio para construir la paz, ¡una razón poderosa para creer en nuestra Empresa Colombia!

Las exportaciones no tradicionales crecieron, el año pasado, a una tasa mayor del 10% y las exportaciones industriales un

14.5%, cifras muy superiores a las de los demás países de América Latina y a los nuevos países industrializados de Asia.

Con la participación del sector privado diseñamos la Política de Competitividad y un Plan Estratégico Exportador proyectados a 10 años, que servirán, sin duda, como cartas de navegación para los próximos gobiernos. Además, dejamos cuatro zonas económicas especiales de exportación debidamente reglamentadas y listas para funcionar en Cúcuta, Ipiales, Valledupar y Buenaventura, para convertir a estas regiones en polos de desarrollo.

Es más, si tenemos en cuenta la drástica caída de los ingresos por exportaciones de café, y que, a pesar de ello, las exportaciones totales crecieron en más del 13% entre 1998 y el 2001, podemos darnos cuenta de cuánto avanzamos en la meta fundamental de diversificar las exportaciones y hacer crecer las no tradicionales, sobre todo las industriales.

Pero tampoco olvidamos el café, que sigue siendo de gran importancia para la economía nacional. Le tendimos la mano, como ningún otro Gobierno, con una inversión cercana a los 400 mil millones de pesos, que llegó directamente a los cafeteros.

Los resultados del sector petrolero también son trascendentales. Durante estos cuatro años revertimos la tendencia descendente de la actividad exploratoria y conjuramos la amenaza de la pérdida de autosuficiencia.

Con una revolucionaria política petrolera que pusimos en práctica desde 1999 logramos firmar, tan sólo en el 2000 y el 2001, 60 contratos para explorar áreas de alto y mediano potencial, alcanzando una cifra récord en las tres décadas de historia de contratos de asociación. Pensemos que entre 1997 y 1999 sólo se firmaron 32 contratos, es decir, en tres años se firmó apenas la mitad del número de contratos que dejamos suscritos en los últimos dos años. Valga la oportunidad para reconocer el papel del Congreso de la República que el mes pasado, con responsabilidad, aprobó la Ley de Regalías que da estabilidad jurídica a este revolucionario esquema de política petrolera.

Además, dimos vía libre a la ampliación de la refinería de Cartagena. Vale decir: dejamos preparado un camino promisorio para el descubrimiento y aprovechamiento de nuevos pozos petroleros para bien de todos los colombianos.

Con todo lo hecho, la economía nacional superó la dura recesión de 1999 -que algunos predecían para varios años- con un

crecimiento del 2.8% para el 2000 y de un 1.6% en el 2001, consolidando el proceso de reactivación que continúa este año.

Aunque son crecimientos moderados, duplican y hasta triplican los alcanzados por la mayor parte de los países de América Latina e, incluso, por varios países desarrollados.

Con las políticas citadas y los ajustes estructurales realizados con el trascendental concurso del Congreso de La República, como los presupuestos austeros, la creación del Fondo de Pensiones Territoriales, la Ley 550 para la salvación de empresas viables, la reforma al régimen de transferencias, la ley de ajuste fiscal territorial, la reforma tributaria, la ley de juegos de suerte y azar, la creación de las zonas económicas especiales de exportación y la ley de Mipymes, entre muchas otras, Colombia ha consolidado una importante credibilidad financiera internacional.

Sirva esta oportunidad para hacer un reconocimiento especial al Congreso de la República por su apoyo fundamental y su compromiso con todas estas reformas. Muchos de los presentes vienen de la pasada legislatura y son testigos de las dificultades y esfuerzos para aprobar medidas impopulares, pero responsables, que ustedes supieron entender y respaldar.

A esta nueva legislatura le dejamos un legado muy importante, que ya dio sus primeros debates con nuestro impulso. De primordial importancia es la reforma pensional, un tema al que el país no puede seguir dándole largas poniendo en riesgo de la estabilidad de su economía. Dejamos andando este proyecto y dejamos también una conciencia clara en todos los sectores sobre su imperiosa necesidad.

También de importante trámite serán la Ley de Responsabilidad Fiscal, la Reforma Financiera, la Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial y la Ley General de Telecomunicaciones, entre otros proyectos.

En síntesis, señores Congressistas: rompimos la tendencia creciente del desempleo, redujimos drásticamente el costo de vida, bajamos los intereses de manera significativa, rescatamos el sector financiero, reactivamos el agro y la construcción, dejamos un promisorio futuro petrolero, controlamos el déficit fiscal y dejamos la economía con un crecimiento estable.

A pesar del conflicto interno que desangra nuestra nación, somos una de las economías más estables del continente. Si esto no es el fruto de una gestión responsable, consistente y muy seria; si

esto no es un logro monumental para Colombia, créanme: ¡no sé qué puede serlo!

¡Sintámonos, pues, orgullosos de estos cambios hechos para bien y beneficio de todos, y dejemos de estar siempre dispuestos a lamentarnos por lo que no se ha logrado, en lugar de celebrar lo alcanzado!

NUESTRO COMPROMISO CON LO SOCIAL.

Siempre he creído que hay que obrar de manera responsable hacia el futuro pero que no se pueden olvidar, ni por un segundo, las exigencias del presente. Por esto, durante mi gobierno, planeamos y aplicamos una política que conciliara el ajuste fiscal y macroeconómico con las políticas sociales, protegiendo el bienestar y la calidad de vida de los colombianos.

No pretendo aquí hacer un extenuante y amplio recuento de todas las realizaciones en el campo social, pero sí podemos dibujar, a *grosso modo*, cuáles fueron las principales realizaciones.

En el tema de la vivienda social superé mi compromiso de construir cuando menos 242 mil viviendas durante el cuatrienio.

Fue así como, a través del Inurbe, del Banco Agrario, de las Cajas de Compensación Familiar y la Caja Promotora de Vivienda Militar, adjudicamos recursos por más de 1.4 billones de pesos, para ¡246 mil subsidios!

Además, para el proceso de reconstrucción física y recuperación social del Eje Cafetero, adelantado por el FOREC, entregamos 126 mil subsidios para viviendas nuevas, reconstrucciones, reparaciones locativas y la reubicación de arrendatarios. Así pues, podemos hablar de más de 372 mil familias que recibieron recursos directos para vivienda ¡por más de 2.2 billones de pesos!

Aquí se encuentran senadores y representantes del Eje Cafetero, que pueden atestiguar la verdad de mis palabras: Con el trabajo sobresaliente del Forec invertimos 1.6 billones de pesos en la reconstrucción con eficacia, transparencia y excelentes resultados para los damnificados del terremoto. Hoy tenemos un Eje Cafetero renovado, más fuerte y más hermoso que nunca, y podemos decir a sus habitantes: ¡Misión Cumplida!

En el tema de vías, con el programa Vías para La Paz, del Plan Colombia, dejamos asegurada una inversión superior a los 1.1 billones de pesos para la pavimentación y mejoramiento de más

de 2.000 kilómetros de carreteras y para el mantenimiento de más de 23 mil kilómetros de vías secundarias y terciarias que tienen alto impacto en el desarrollo de zonas afectadas por el conflicto armado. Ésta es una cifra sin precedentes en el país que superará -óigase bien- ¡en sólo tres años, el total de inversiones en esta clase de vías durante los últimos 20 años!

A estas obras del Plan Colombia se suman importantes realizaciones de infraestructura vial, entre las cuales se destacan la finalización y apertura de servicio de las vías Bogotá-Villavicencio y Altamira-Florencia, que conecta al departamento del Caquetá con el centro del país.

En relación con las concesiones viales, hay que destacar el avance de obras trascendentales como la Malla Vial del Cauca, del Valle del Cauca y la Autopista del Café.

Se construyeron 329 kilómetros nuevos de carreteras principales y 259 kilómetros de carreteras municipales y veredales, así como se afirmaron 66 kilómetros de la trascendental carretera Mocoa-Pitalito, de los cuales ya se pavimentó cerca del 40%, para un total de 654 kilómetros de carreteras nuevas que le dejamos al país.

También buscamos recuperar el transporte ferroviario, para lo cual establecimos dos concesiones: la Red Férrea del Atlántico con 1.493 kilómetros en total, con 258 kilómetros ya operables, y la Red Férrea del Pacífico, con 160 kilómetros en operación de un total de 499 kilómetros.

Apoyamos con decisión los sistemas urbanos de transporte masivo, aportando la Nación el 66% de la inversión que requiere Transmilenio en Bogotá y más del 70% del proyecto del sistema de transporte masivo que implementará Cali. Al final, entre la alternativa del metro o un sistema de transporte masivo como Transmilenio apoyamos este último, que hoy demuestra su efectividad y sus buenos resultados para los usuarios.

En la salud, aumentamos de forma importante la cobertura sobre el pueblo colombiano. Mientras en 1998 había 20 millones 400 mil personas amparadas por el sistema de salud, para el 2002 ¡hay 4 millones más!. Comparativamente, es como si toda la población del departamento de Antioquia entrara a beneficiarse por primera vez de los servicios de salud.

Además, en el régimen subsidiado de salud, que es el que cobija a los colombianos más pobres, incrementamos la cobertura de 8.5 millones de personas amparadas en 1998 a 11.1 millones de en el 2001, y para finales de este año alcanzaremos la cifra de 11.8 millones de afiliados, es decir, 3 millones 300 mil personas de bajos recursos con más y mejor salud que hace 4 años.

También respaldamos a los hospitales públicos, aportando más de 850 mil millones de pesos para la recuperación y el mejoramiento de los que atravesaron por graves dificultades financieras.

Y eso no es todo: dejamos un Seguro Social funcionando, más eficiente, ordenado y moderno.

Cumplí mi promesa de poner en marcha un gran programa de nutrición escolar, y más de 2 millones 300 mil niños reciben desayuno, refrigerio fortificado o almuerzo en sus colegios, lo que les permite estar alimentados y aprender mejor

Merecen mención especial, y toda mi gratitud, los programas promovidos por la Primera Dama:

Quedan más de 50 ludotecas entregadas, es decir, espacios para el aprendizaje y la recreación infantil, que funcionan en todos los departamentos del país.

También impulsó la institucionalización del Día del Niño para el mes de Abril, el programa “*Haz Paz*” como política de Estado contra la violencia intrafamiliar y el maltrato infantil, y el Plan Padrino, que convocó la ayuda pública y privada nacional e internacional para la construcción y dotación de 50 centros educativos en el Eje Cafetero y por todo el país.

Los programas “*Colombia Camina, Colombia Oye y Colombia Ve*”, entregaron diferentes elementos de apoyo y facilitaron la inclusión social de los discapacitados más pobres.

Hoy, ante el país entero, quiero hacer un reconocimiento especial a Nohra, quien ha sido mi compañera infatigable y mi estímulo constante, junto con mis hijos, en estos cuatro años.

Yo he sido, más que nadie, el testigo de su compromiso con Colombia y con los más necesitados del país, un compromiso que la llevó a trabajar sin descanso, las 24 horas del día, sólo para lograr una sonrisa, un alivio, una esperanza en los ojos de algún

niño; sólo para conseguir una escuela más, una ludoteca más, una silla de ruedas, lo que fuera, para ayudar a nuestros compatriotas

Nohra: desde el fondo del alma, con toda la alegría y el amor de mi corazón, hoy quiero agradecerte, en nombre mío y de todo el país, por ese inmenso esfuerzo que ha dejado sembrado semillas de paz en tantos colombianos.

Apreciados amigos:

En el tema de la educación, gracias al programa de reorganización de los profesores, la cobertura pasó de un promedio de 22 estudiantes por profesor en 1998 a 26.4 en el año 2001, abriendo 707 mil nuevos cupos en las instituciones educativas oficiales. Además, entregamos 220 mil subsidios para que menores de 15 años de familias de escasos recursos permanecieran estudiando.

Apostamos por el fomento de la calidad y la evaluación como piedras angulares de la educación, y así dejamos un verdadero legado de futuro para las nuevas generaciones. Instrumentos como los estándares curriculares en primaria y secundaria, los estándares mínimos de calidad en las carreras de pregrado y los

estudios de postgrado, y las evaluaciones a los estudiantes de últimos semestres, así como el nuevo Estatuto Docente, son la base de una revolución educativa que no sólo aspira a aumentar la cobertura, sino a que dicho incremento se dé también en la calidad de la educación.

Ha sido consistente nuestro compromiso de dotar de tecnología a los estudiantes de Colombia: entregamos 650 aulas de informática con beneficio para más de 400 mil estudiantes. También recogimos más de 26 mil computadores a través del programa “*Computadores para Educar*”, los cuales están siendo reacondicionados para asignarlos a escuelas públicas.

La Agenda de Conectividad: “El Salto a Internet” es otra de las herramientas que dejamos a la Colombia del futuro, con un millón de usuarios conectados a la red, es decir, un 66% más que en 1999, y TODAS las entidades estatales del orden nacional, con presencia en la Internet, para facilitar, entre otras cosas, las gestiones que los ciudadanos adelantan ante ellas y para asegurar la transparencia de sus acciones.

Por medio de Compartel pusimos en funcionamiento 6.745 puntos de telefonía en los municipios y veredas más remotos del país y

dotamos 875 municipios de centros de acceso comunitario a la Internet.

Avanzamos, igualmente, en el propósito de facilitar el acceso de la población más marginada a los servicios públicos básicos, a través de la ampliación y mejora de la cobertura.

Invertimos 2.3 billones de pesos para optimizar la gestión de las empresas prestadoras de servicios públicos de acueducto y alcantarillado, aportando recursos económicos a 213 municipios, para beneficio de cerca de 5 millones 400 mil colombianos en el Putumayo, el Magdalena Medio y el Pacífico Colombiano y además, para las zonas más carentes de recursos en ciudades como Cartagena, Barranquilla, Riohacha, Maicao, Buenaventura, Montería, San Andrés, Cúcuta, Medellín, Soacha, Bucaramanga y Pereira.

Destinamos más de 300 mil millones de pesos para invertir entre el 2001 y el 2007 en los programas para dotar de energía eléctrica a las zonas no interconectadas del país, en la Región Pacífica, la Amazonía y la Orinoquía: hoy en día ya se ven los resultados en departamentos como el Putumayo y en Municipios como Bahía Solano en el Chocó, Puerto Gaitán en el Meta y San José del Guaviare.

Para el medio ambiente y la cultura, dejamos lista la agenda para su desarrollo en los años venideros.

Es así como el Proyecto Colectivo Ambiental y, dentro de él, el Plan Nacional de Desarrollo Forestal, son la carta de navegación para seguir consolidando un desarrollo sostenible en nuestro país.

El Plan Decenal de Cultura, por su parte, producto de un dinámico proceso de consulta y aportes de todas las sectores y todas las regiones, marca también el camino para fomentar nuestros valores culturales y artísticos hasta el año 2010.

No quiero alargarme más en el recuento de realizaciones, pero creo que, no más con las mencionadas, todos podemos estar de acuerdo en que, bajo las difíciles circunstancias de orden público y la compleja situación económica nacional e internacional, es mucho lo que logramos hacer para mejorar la calidad de vida de los colombianos.

Lo hicimos con decisión y transparencia. Lo hicimos, también, atacando la corrupción en todos sus frentes. Para ello, lideramos desde la Presidencia una campaña contra la corrupción que

destapó y puso en conocimiento de las autoridades competentes importantes irregularidades en todo el aparato estatal. En esta tarea, tramitamos más de 2 mil doscientas denuncias ante los organismos de control por casos que superan los 430 mil millones de pesos.

Como fruto de este compromiso, nuestro país pasó de ser considerado como el tercer país más corrupto del mundo -¡el tercero más corrupto!-, en 1997, al puesto 42 en el 2001, según la medición del índice de percepción de corrupción realizada por Transparencia Internacional.

Y nadie puede decir, ¡nadie puede decir!, que un solo funcionario de mi Gobierno se haya amparado bajo su cargo para protegerse de alguna investigación. Quien fue investigado se apartó de las funciones oficiales, y sólo volvió a ellas con la tranquilidad de haber aclarado todas las dudas ante la justicia. De esta forma cumplí con mi promesa de campaña: ¡Sólo manos limpias en los dineros públicos!

UN ESFUERZO SINCERO POR LA PAZ.

Apreciados amigos:

Cuando llegué a la Presidencia, hace cuatro años, lo hice con el firme propósito de trabajar por la paz como un requisito fundamental e imperativo para afianzar un futuro de progreso con justicia social para Colombia. Así me lo ordenaban más de 10 millones de ciudadanos que en 1997 votaron el Mandato por la Paz, que era una instrucción perentoria a sus gobernantes para que buscaran la paz con los grupos armados a través de la negociación política, y así me lo dictaba mi propia convicción personal de que una paz cierta y duradera sólo se logra por caminos igualmente pacíficos, como el diálogo. En esto siempre creí y seguiré creyendo en la máxima de Gandhi cuando dijo: *“No hay caminos para la paz; la paz es el camino”*.

La verdadera democracia tiene fe en el pueblo. El país creía en 1997, cuando se votó el mandato, y en 1998, cuando fui elegido por la votación más amplia en la historia del país, que una paz negociada era posible y ustedes, mis compatriotas, y el mundo entero, fueron testigos de los inmensos esfuerzos que se hicieron para alcanzarla.

Sabíamos que no era una tarea fácil, y efectivamente no lo fue. Mientras levantábamos, ladrillo a ladrillo, los cimientos de la paz, los grupos guerrilleros insistían en sus actos violentos. En medio de situaciones complejas, que algunos criticaron con una visión

limitada y una óptica simplista, tuve muchas veces que tomar decisiones contrarias al sentimiento volátil de la opinión pública.

Al fin y al cabo, para eso fui elegido: no para tener la aprobación permanente de mis electores, sino para liderar con coraje una etapa difícil en la historia de nuestra nación, en un tema al que nadie, por miedo a perder su capital político, le había puesto el pecho y enfrentado con total decisión, como lo hice yo.

UNA PAZ INTEGRAL:

Hoy debo reconocer que en este gigantesco empeño de paz me acompañó la gran mayoría de los colombianos y tuve la suerte de contar con el respaldo amigo de la comunidad internacional.

Era indispensable reunir este respaldo porque el conflicto interno colombiano, con más de medio siglo a cuestas, se ha convertido en los últimos años en un conflicto diferente, contaminado por la nefasta influencia del narcotráfico, cuyos dineros financian hoy la actividad de las guerrillas y de las autodefensas ilegales.

Yo me atrevería a decir que, sin esa alianza con el narcotráfico, el conflicto armado se habría acabado en Colombia con la caída del muro de Berlín, como acabaron tantas otras manifestaciones

violentas en el mundo. O, por lo menos, no hubiera crecido en la forma en que lo hizo.

Por eso es que la búsqueda de la paz la concebimos siempre como algo más que un proceso de negociaciones con la guerrilla. ¡La paz en nuestro país siempre fue mucho más que las conversaciones en el Caguán!

La búsqueda de la paz dentro de mi Gobierno incluyó también una decidida acción internacional para convocar al mundo en torno a la lucha contra el problema de las drogas ilícitas y hacerlo aceptar su responsabilidad compartida frente a este tema. La paz implicaba también devolver la presencia efectiva del Estado al amplio territorio nacional, con acción social y seguridad, es decir, con acción y presencia de las instituciones democráticas. La paz pasaba, además, por el fortalecimiento de nuestras Fuerzas Armadas.

Veamos cómo avanzamos en esta gran estrategia integral de paz, en todos sus aspectos.

LO QUE NOS DEJÓ LA NEGOCIACIÓN:

Dante dijo que *“los sitios más calientes del infierno están reservados para aquellos que, en tiempos de gran crisis moral, mantienen su neutralidad”*. Tengo fe en que los colombianos terminarán por reconocer el valor que se requirió para intentar y perseverar en buscar la paz mediante la negociación, mientras ello fue posible.

Mi Gobierno adelantó un proceso de negociación generoso, pero no ingenuo. ¡Tenía que ser generoso, porque la paz no se construye con mezquindad! Por esta razón hicimos todo lo posible para mantener los diálogos aún en medio de las situaciones más difíciles, que muchas veces invitaban a seguir el camino más sencillo, y quizás más popular, del rompimiento. Pero ustedes bien lo saben: para negociar se necesitan dos, y el proceso terminó por demostrarnos que no bastan la generosidad y el coraje que demostró el pueblo colombiano. A la guerrilla le faltó coherencia y compromiso, le faltó espíritu humanitario, le faltó espíritu de patria, ¡y le sobró arrogancia!

Para no alargarnos sobre una historia que ya todos conocemos, durante mi Administración dimos un paso imprescindible, avanzamos hacia un objetivo ineludible, y lo hicimos con audacia y de manera genuina, porque era la única forma de hacerlo. Lograr la paz no dependía sólo de nosotros, sino también de la

voluntad de la contraparte, pero estábamos decididos -y así lo hicimos- a poner todas las fichas en la casilla de la paz.

Al final, dentro de las organizaciones guerrilleras primaron los guerreristas, los que están más interesados en mantener sus actividades criminales y sus negocios de narcotráfico que en convertirse en una opción política dentro de la democracia. Se les ofreció una alternativa para abandonar el camino de las armas, pero prefirieron transitar el oscuro camino del terrorismo, en contra del deseo de millones de colombianos que sólo queremos y necesitamos vivir y progresar en paz.

La pregunta ahora es: ¿Sirvió de algo el proceso de paz que adelantamos con las FARC? ¿Tiene salida Colombia? Y mi respuesta a las dos preguntas es un contundente y definitivo SÍ.

Los años de esfuerzos por la paz no han sido en vano para nuestro país:

En primer lugar, las FARC se propinaron, ellas mismas, la más grande derrota política de su historia. Este grupo despilfarró la opción política que con generosidad le ofreció el pueblo colombiano y ha perdido el poco respaldo popular que alguna vez creyó tener, gracias a que sus acciones e intenciones han

quedado desenmascaradas ante la opinión pública nacional e internacional.

Yo les pregunto, señores congresistas, y pregunto al país: ¿Quiénes son hoy las FARC, políticamente hablando, frente a los colombianos y frente al mundo? Definitivamente, no son ya ninguna opción porque el proceso las obligó a mostrar su verdadero rostro y ellas escogieron, no el de las ideas, sino el de la violencia y el terrorismo. Este triunfo es un triunfo del proceso de paz.

Segundo: se logró una total comprensión por parte de la comunidad internacional sobre el conflicto interno colombiano. Ahora el mundo sabe, a conciencia, que nuestro conflicto no es una guerra civil sino que es una guerra de unos pocos violentos contra la sociedad civil. Ahora el mundo entero sabe que los que verdaderamente estamos luchando por el pueblo estamos del lado de las instituciones y no del lado del terrorismo, y, por ello, cada vez recibimos más apoyo y respaldo internacional para nuestros esfuerzos por la paz y la democracia. Y éste es otro triunfo del proceso de paz.

Tercero: algo muy importante sobre lo cual se ha reflexionado poco. El proceso de paz nos ha dejado una importante agenda de

trabajo que estamos en la obligación de seguir adelantando, -con las FARC o sin las FARC-, porque ella contiene los grandes temas que necesita debatir el país.

La Agenda Común por el Cambio hacia una Nueva Colombia, que se acordó en mayo de 1999, con la participación del sector privado, de los partidos políticos y de otros representantes de la sociedad civil, debe seguir siendo trabajada por los colombianos que queremos alcanzar la justicia social desde la democracia y por medios pacíficos. En ella se encuentra todo un catálogo de reformas y de propósitos que el país está en la obligación de asumir y de buscar, y sobre el cual mi Gobierno comenzó a trabajar y a avanzar con paso firme. Utilicemos, entonces, el trabajo hecho y continuemos trabajando esta agenda, con o sin la guerrilla, porque es una agenda para el país. Y es algo que se logró también gracias al proceso de paz.

Cuarto: Logramos que la paz dejara de ser un tema exclusivo del Gobierno en el que la sociedad civil y el sector privado no se sentían involucrados. Los empresarios, los estudiantes, los trabajadores, las familias, participaron en diversas reuniones y grupos de trabajo, hicieron foros de debate sobre la paz, participaron en marchas y otras manifestaciones contra la violencia e, incluso, las gentes en sus pueblos han comenzado a

resistir con valor civil la intimidación de los terroristas. No más en el proceso de discusión de la agenda temática se celebraron 38 audiencias públicas con la participación de cerca de 30 mil colombianos. Éste es un avance fundamental: la sociedad colombiana está hoy más consciente que nunca de que el logro de la paz es un logro colectivo, una actitud que, sin duda, es otro de los grandes logros del proceso.

Quinto: Ustedes pueden verlo y escucharlo en las noticias y declaraciones de cada día. Hoy son muchos los que plantean la necesidad de regresar, bajo ciertas condiciones, a la mesa de negociaciones. Es decir: dejamos sembrada en la conciencia de los colombianos la firme convicción de que sólo a través del diálogo puede conseguirse una paz que sea cierta y duradera. Sin renunciar a la defensa nacional contra el terrorismo, nunca debemos perder de vista que el diálogo es el camino para la convivencia. Esta fe en el diálogo también es resultado del proceso que adelantamos sustentado en esa misma certeza.

Pero digo algo más: si el nuevo Gobierno quiere reanudar los diálogos de paz encontrará un panorama muy distinto al que yo encontré, cuando hacía más de 10 años no existía un proceso de paz serio con la guerrilla y nos tocó partir prácticamente de cero. Alcanzar la paz es como armar un rompecabezas y, ciertamente,

quien continúe esta tarea encontrará que ya hay muchas piezas en su lugar y que partirá desde una mejor posición que la que encontramos en 1998.

LOS FRUTOS DE LA RESPONSABILIDAD COMPARTIDA:

El proceso de paz fue generoso y fue genuino, pero no fue ingenuo. Por eso siempre tuvimos claro que únicamente mediante el fortalecimiento de nuestras instituciones democráticas la paz ganada en la mesa de negociación podría ser permanente.

Con este propósito diseñamos y pusimos en marcha el Plan Colombia, que dejamos como el más grande legado de futuro para el país y para la próxima administración, el cual, además de ser el plan social más grande en la historia de nuestra nación, es, ante todo, un Plan destinado a fortalecer, a lo largo y ancho de nuestra geografía, en las zonas más apartadas de nuestro territorio, la presencia efectiva del Estado y sus instituciones.

A nivel internacional, el Plan Colombia es la prueba efectiva del principio de responsabilidad compartida que promovimos con éxito. ¡Muchos años se demoró Colombia para que el mundo comprendiera que en esta historia del narcotráfico no somos los

villanos, sino las víctimas, y que éste es un problema que nos incumbe a todos y que debemos solucionar entre todos!

Es apenas obvio –y así lo hicimos ver- que el problema mundial de las drogas no podría existir sin la enorme demanda por parte de los países más desarrollados, sin la producción y venta de insumos por los mismos y, sobre todo, sin el lavado de activos producto de este negocio que se realiza bajo la mirada a veces complaciente de países y banqueros del primer mundo.

Colombia es tan sólo un eslabón en esa inmensa cadena de corrupción que hoy se ha convertido en la principal financiadora del terrorismo en el mundo entero y en nuestro país.

Por eso me comprometí a llamar la atención de la comunidad internacional para que cada nación no sólo nos ayudara, sino que asumiera su cuota de responsabilidad en la solución de este problema. Ustedes son testigos del éxito que alcanzamos en este gran esfuerzo de diplomacia internacional.

Hoy, gracias a la labor persistente de mi Gobierno, los países del mundo y los organismos internacionales han aceptado el principio de responsabilidad compartida, es decir, han aceptado que sin consumo no hay demanda y que la responsabilidad para

enfrentar este tema es de todos. Por ello, nos han dado aportes vitales para combatir el narcotráfico y, sobre todo, para evitar sus tremendos efectos de violencia y miseria sobre la población.

Esa es la filosofía del Plan Colombia, a través del cual hemos comprometido a favor de nuestro país, durante mi Gobierno, **más de 3 mil 600 millones** de dólares en aportes y financiación.

¡Ésta es una cifra de cooperación internacional nunca antes vista, y es el producto de la diplomacia directa y personal que realizamos en los más importantes foros internacionales y ante las principales naciones del planeta! Y también otro de los inmensos logros del proceso de paz.

Lo que hemos recibido del mundo no es un regalo, ni es caridad. ¡Lo que hemos exigido y obtenido es conciencia de responsabilidad compartida de parte del mundo hacia nuestro país!

Con los recursos recibidos y otros del presupuesto nacional combatimos con decisión el negocio de las drogas ilícitas y a los narcotraficantes, y realizamos programas de desarrollo social para que los campesinos e indígenas que siembran coca o

amapola encuentren alternativas legales para dar subsistencia a sus familias y poder vivir con dignidad y sin miedo.

Señores congresistas:

Tenemos que decirlo con palabras crudas pero reales. Colombia, hace cuatro años, era un país paria en el escenario internacional. Hoy, gracias a la Diplomacia por la Paz, hemos recuperado un puesto protagónico y digno ante las naciones del mundo. No somos peones sino socios en la lucha mundial contra el problema de las drogas y contra el terrorismo.

Dejamos al país en calidad de miembro no permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el más alto organismo internacional para la seguridad del mundo, el cual presidimos durante agosto del año pasado; lo dejamos liderando la integración andina como Presidente Pro-Témpore de la Comunidad Andina y, en unos días, con la gestión del canciller Guillermo Fernández de Soto al frente de su Secretaría General; lo dejamos con un Grupo de los Tres fortalecido con Venezuela y México, y con un Grupo de Río donde también fuimos especiales promotores al ocupar la Secretaría Pro-Témpore del mismo en el año 2000.

Y algo muy importante: Se realizó una labor impecable para conseguir que tanto la Unión Europea como los Estados Unidos prorrogaran los beneficios arancelarios a nuestro país y sus socios andinos. Ya obtuvimos la prórroga del Sistema Generalizado de Preferencias por parte de la Unión Europea y dejamos a punto de ser aprobada definitivamente la prórroga y ampliación a otros productos del Acuerdo de Preferencias Arancelarias Andinas -ATPA- por parte de los Estados Unidos, lo cual significa empleo para más de 300 mil familias colombianas.

Y así como obtuvimos respaldo para estimular la economía legal, también conseguimos apoyo contra el terrorismo. No es poca cosa, y ustedes lo saben, señores congresistas, haber logrado que la Unión Europea desmitificara la guerrilla y la pusiera en su lista de organizaciones terroristas, gracias a lo cual hoy no puedan ejercer ni promover sus actividades ilícitas desde Europa, ni guardar sus ganancias para la muerte en los bancos europeos.

Lo digo sin ambages: El trabajo internacional realizado por el país durante este cuatrienio, y sus frutos concretos de cooperación y aportes, no tiene precedentes en la vida nacional y se consiguió como parte del balance positivo del proceso de paz.

INVERSIÓN SOCIAL PARA LA PAZ:

Valga resaltar que el Plan Colombia, además de formar una gran estrategia de lucha contra el problema mundial de las drogas, que es el factor que hoy alimenta la violencia y la corrupción en nuestro país, también buscó el fortalecimiento institucional y, algo muy importante, promover la inversión social en las regiones más apartadas de Colombia y más afectadas por el conflicto.

Entendimos que la paz también requiere presencia social del Estado en las regiones de Colombia, y sobre esa base diseñamos los programas del componente social del Plan:

El Plan Colombia, sin ninguna duda, ha sido el Plan de Acción Social más grande en la historia del país. Lo dejamos operando, con importantes resultados hasta la fecha, y con recursos asegurados para que se siga implementando por lo menos hasta el año 2003.

“Familias en Acción” entrega subsidios directos para alimentación y educación a los hogares de estrato uno, en los municipios con población inferior a 100 mil habitantes. Hoy se están entregando subsidios a 236 mil familias de 631 Municipios de Colombia, con una proyección a dos años de 330 mil familias y más de un millón de niños.

Con “Empleo en Acción” apoyamos más de 3.800 proyectos comunitarios, como la instalación de redes de acueducto y alcantarillado, la construcción de canchas deportivas, parques y nuevas viviendas de interés social, generando 180 mil empleos temporales por todo el país.

Con “Obras para la Paz - Gestión Comunitaria”, dispusimos de más de 250 mil millones de pesos para construir, reconstruir y mejorar cerca de 1.600 obras de infraestructura social en los municipios afectados por la violencia, entregando centros comunitarios culturales y de salud, baterías sanitarias y canchas polideportivas. Hasta la fecha hemos entregado las primeras obras en 150 municipios.

En cuanto al programa “Jóvenes en Acción”, a través del cual se capacita a los jóvenes desempleados de bajos recursos, mejorando su inserción en el mercado laboral, estamos entrenando a 50 mil jóvenes colombianos y destinamos recursos para la continuidad del programa en el 2003 hasta alcanzar a más de 100 mil beneficiados.

Con “Campo en Acción”, por último, se realizaron inversiones ambientales, programas de seguridad alimentaria, alianzas

productivas y programas regionales integrales para el desarrollo agropecuario en las zonas de conflicto, beneficiando a un total de 222 mil hectáreas.

UNAS FUERZAS ARMADAS DEFENSORAS DE LA INSTITUCIONALIDAD.

Así vamos viendo cuántos frutos dejó el proceso de paz, desde la misma negociación hasta la gestión internacional, el fortalecimiento institucional y la inversión social. Y sigo sumando, porque otro pilar del proceso de paz fue el fortalecimiento de las Fuerzas Armadas, como las Fuerzas de la Institucionalidad y de la Paz.

Muchos pensaron que, por buscar la paz a través del diálogo, íbamos a abandonar nuestra Fuerza Pública, pero se encontraron con una gran sorpresa, pues no sólo no la abandonamos, sino que hicimos por ella más que cualquier otro Gobierno en la historia del país.

Con la satisfacción del deber cumplido, y como parte de los grandes logros del proceso de paz, entendido en su concepción integral, hoy puedo afirmar que, -como es por todos reconocido-,

en los últimos cuatro años, nuestras Fuerzas Armadas se han profesionalizado y fortalecido como nunca.

Las cifras hablan por sí solas: De 79 mil soldados combatientes que teníamos en nuestras Fuerzas Militares en agosto de 1998 llegamos a cerca de 140 mil este año. Es decir, el pie de fuerza se incrementó en un 75% en sólo 4 años. Dentro de este incremento, el número de soldados profesionales aumentó en un 150%, pasando de 22 mil en agosto de 1998 a más de 55 mil hoy. Con el Plan Fortaleza, que dejamos andando, el nuevo Gobierno podrá seguir incrementando el pie de fuerza en por lo menos 10 mil hombres por año hasta el 2004, de forma que en dicho año contemos con 160 mil soldados combatientes. ¡Más del doble que los que teníamos en agosto de 1998! Así respondemos a la amenaza de los terroristas: ¡Con más y mejores hombres para defender nuestro país!

Asimismo, los helicópteros de combate aumentaron de 18 a 30 y, dentro de ellos, los pesados artillados aumentaron de 4 a 16, ¡cuadruplicándose durante mi periodo! A su vez, los helicópteros de transporte se incrementaron de 124 a 223, lo que quiere decir que ¡hoy contamos con 100 helicópteros más que hace cuatro años para movilizar a nuestras tropas por todo el país!

Además, creamos nuevas unidades, para mejorar la efectividad y movilidad de nuestras tropas, como la Fuerza de Despliegue Rápido, las Brigadas Móviles, la Brigada contra el Narcotráfico, la Brigada Fluvial de Infantería de Marina y la Central de Inteligencia Conjunta.

Precisamente, en el tema de la inteligencia se adquirió durante mi gobierno importante material técnico de inteligencia y durante este año se recibirá la segunda plataforma de inteligencia, la cual complementará las operaciones para la cobertura de todo el territorio nacional, de forma que se reduzca al mínimo la obtención de información y se refuercen los recursos para ubicar y cuantificar a los miembros de los grupos terroristas.

Quiero destacar la cultura por el respeto a los derechos humanos que se ha generado y desarrollado dentro de la Fuerza Pública, capacitando a cerca de 120 mil integrantes de las Fuerzas Armadas y de la Policía. Las cifras demuestran el éxito de esta tarea de promoción de los derechos humanos, ya que, mientras en 1995, el porcentaje de quejas recibidas por la Procuraduría General de la Nación contra miembros de la Fuerza Pública era de un 1.15% de las quejas totales, hoy es apenas de un 0.17%. Ésta es una gestión que se ha traducido en el enorme respaldo, confianza, fe y simpatía de los ciudadanos frente a nuestras

Fuerzas Armadas, que estaban muy deteriorados cuando llegué al Gobierno.

En la Policía Nacional, por su parte, se crearon durante mi Gobierno más de 26 mil Frentes de Seguridad Local, con más de un millón 300 mil integrantes, y más de 3 mil escuelas de Seguridad Ciudadana con 52.500 egresados. Se fortalecieron más de 350 Comandos de Atención Inmediata -CAI- en todo el país. Se creó la Policía Comunitaria para hacer más efectiva la tarea del Policía gracias a su contacto con la comunidad, y se dejó estructurado y en marcha el Plan de Fortalecimiento para la Seguridad Rural para incrementar la presencia y efectividad de la policía en todo el territorio nacional, mediante la reactivación de más de 190 estaciones rurales y el fortalecimiento de los carabineros.

Además, con la instalación de cerca de mil cámaras de circuito cerrado de televisión, que estarán todas funcionando antes de terminar este año, en once ciudades capitales del país, le hemos dado a la Policía y a las autoridades judiciales más instrumentos de lucha contra el delito.

Todos los colombianos debemos agradecer, desde el corazón, a los miembros de nuestras Fuerzas Militares, de la Policía

Nacional y del DAS, héroes todos de nuestra patria, por su excepcional compromiso con Colombia.

Estos valientes, además de protegernos, están combatiendo y dando los más duros golpes de la historia a los terroristas de la guerrilla y de las autodefensas.

Y si estamos capturando a los criminales, a los secuestradores y los extorsionistas, sin duda necesitamos más y mejores cárceles para su reclusión. Y las hicimos. Porque en el tema carcelario, ¡sí que realizamos un trabajo infatigable para construir cárceles y terminar, al fin, con el grave problema del hacinamiento!

Para alcanzar este propósito, construimos 4 grandes penitenciarías de alta seguridad en Valledupar, Popayán, Acacías y Cómbita con capacidad de 1.600 reclusos en cada una, y dejamos contratadas las obras para las cárceles de Palogordo en Santander y de La Dorada en Caldas. En total, con estas seis nuevas cárceles, construcción de nuevos pabellones y celdas, creamos –óigase bien- 17.576 nuevos cupos, una cifra sin precedentes, que supera los cupos creados en la suma de los tres gobiernos anteriores. Así disminuimos el hacinamiento del 35% en 1998 a sólo un 3% al finalizar este año.

Y no lo hicimos de cualquier manera, sino con calidad: construyendo cárceles seguras, modernas y humanas. Por eso el Icontec concedió esta misma semana a la Penitenciaría Nacional de Valledupar la certificación ISO 9002, como prueba de que cumple los máximos requisitos de calidad administrativa y de seguridad. Ésta es una certificación que sólo tienen en la actualidad un centro de reclusión en Gran Bretaña y otro en los Estados Unidos, y que hoy honra a Colombia y a nuestro renovado sistema carcelario.

No tengo la menor duda de que todo lo hecho en materia de seguridad; de que las Fuerzas Armadas fortalecidas, modernas y profesionales que dejamos al país, y la suma de los logros del proceso de paz tanto en Colombia como en el ámbito internacional, le proporcionarán al nuevo Gobierno las mejores y más positivas bases de trabajo radicalmente diferentes a las que recibí.

Cabe entonces de nuevo la pregunta: ¿Nos sirvió el proceso de paz? Definitivamente, Sí.

Amigos congresistas, colombianas y colombianos:

Con lo avanzado hasta ahora, con los logros de que les he hecho recuento el día de hoy, ¿qué retos nos quedan hacia el futuro?

Desde el punto de vista económico entregamos una economía que podemos resumir en una sola palabra: estable. Bien lo decía hace algunas semanas una importante revista nacional: *“La situación es totalmente distinta de lo que era hace cuatro años, la última vez que se habló de recesión. En ese entonces todos los ajustes estaban por hacerse, el sector financiero iba en picada, las tasas de interés estaban disparadas y la devaluación era incontenible”*.

Ahora, con un escenario opuesto, es decir, sobre una base estable, con las variables macroeconómicas controladas y unas tendencias favorables, corresponde continuar, responsablemente, la tarea de hacer que la economía crezca más y produzca más y mejores empleos.

En esta tarea tiene mucho que ver la actitud responsable del Congreso de la República, que tendrá en sus manos leyes de inmensa importancia, que dejamos andando, como la reforma pensional, la ley de responsabilidad fiscal y la reforma financiera.

En el campo social, dejamos operando y financiado el Plan Colombia, llevando obras y esperanza a los rincones más alejados del país. Tengo la certeza de que invertir en el capital social es también invertir en la paz. Su continuidad por el nuevo Gobierno es, sin duda, una garantía de futuro para las regiones más olvidadas del país..

Quedan también unas Fuerzas Armadas fortalecidas y con todo el respaldo de la nación, las cuales deben seguir siendo el baluarte de la legitimidad en Colombia y deben seguir incrementando su presencia efectiva por todo el país.

Además, queda una gestión internacional destacada, la cual debe mantenerse con decisión, más ahora que vivimos en un mundo globalizado y totalmente interdependiente. El principio de responsabilidad compartida que promovimos con gran éxito durante mi gestión puede y debe seguir siendo el norte de nuestra diplomacia.

Por supuesto, todos estos logros y desafíos siguen requiriendo un componente fundamental, al que no podemos renunciar: ¡La paz!

Definitivamente, alcanzar la paz tiene que seguir siendo un objetivo nacional. Yo sigo creyendo que la paz, una paz cierta y

duradera, sólo llegará por el camino del diálogo, el cual tarde o temprano tendrá que encontrar la vía para consolidarse. Mientras nos sigan atacando con terrorismo, la sociedad tendrá que defenderse con todas sus armas y con todo su valor, pero no se puede olvidar jamás que el fin de toda lucha es alcanzar la convivencia. El esfuerzo realizado por mi Gobierno nos dejó muchas experiencias valiosas y un país unido en torno al tema de la paz, activos que hay que atesorar en los días que vienen.

La visión de la paz que guió la acción de mi Gobierno no fue un simple capricho, ni el deseo del presidente Pastrana de pasar a la historia: intentar la paz por la vía del diálogo era una necesidad inaplazable, un esfuerzo al que alguien tenía que ponerle el pecho con todo el valor necesario. ¡Y así lo hicimos!

Pero no olvidemos esto: La paz de Colombia no es una lucha individual, al alcance del poder del Presidente de turno. ¡La paz la conquistan los pueblos, no los gobiernos!

¡Colombia para todos los colombianos es una meta posible! La paz es la única vía para devolvernos el país a todos, ahora cercado por el miedo, la tristeza, la frustración y la injusticia, limitado en su poder de inversión y de maniobra por un puñado de ambiciosos sin frenos morales.

La paz significa justicia. La paz significa empleo. La paz significa libertad. La paz significa el pleno ejercicio de la libertad de prensa, que sólo se dará con medios libres y manejados por personas vivas y sin temor. La paz nos devolverá toda la extensión de nuestro territorio para construir un futuro digno.

Lo he dicho muchas veces: tarde o temprano los violentos van a entender y van a darse cuenta de que nunca, ¡nunca!, con la violencia, podrán entrar al corazón del pueblo. Mucho menos entrarán al corazón de un pueblo unido en torno a su democracia, a su Gobierno y sus instituciones, como lo ha estado Colombia.

Tenemos que dejar tanto exceso de crítica y tanta falta de autocrítica, para pensar mejor en la forma en que todos podemos aportar a las soluciones.

Tenemos que pasar de la indiferencia a la comprensión de que ningún momento como éste es mejor para mostrarle a los terroristas, a los violentos y al mundo entero nuestra grandeza para superarnos y, entre todos, salir adelante.

Tenemos que ir más allá de las simples palabras. Colombia y sus instituciones, como símbolo de unión, deben ser, ¡tienen que ser!, un compromiso de todos.

Colombianas y colombianos; amigos congresistas:

Cuando miro hacia atrás, a pocos días de entregar mi mandato, veo más luces que sombras y me siento satisfecho por el deber cumplido. A todo mi equipo de Gobierno; a los hombres y mujeres de las Fuerzas Militares, de la Policía y el DAS; a ustedes, miembros del Congreso de la República y, en general, a todas las colombianas y colombianos que, de una u otra forma, con su confianza, con su trabajo y con su actitud positiva, contribuyeron a forjar esta tarea de transformación nacional, quiero expresarles mi máxima gratitud por su acompañamiento y apoyo.

Al doctor Álvaro Uribe Vélez, le manifiesto mis votos y mejores deseos por su éxito al frente de nuestra nación. Sus triunfos y aciertos, así como sus fracasos y derrotas, nos pertenecen a todos. ¡No lo dejemos solo!

Yo sé que quedan muchas cosas para hacer en un país que, como el nuestro, adolece de tantos problemas acumulados por

años y por décadas. Pero nadie podrá decir que no hicimos lo que pudimos con lo que teníamos, que no avanzamos hacia la meta deseada y que no dejamos sentadas, con responsabilidad, las bases para seguir construyendo el edificio de una Colombia próspera, en paz y con justicia social.

A todos ustedes, colombianas y colombianos, gracias por su confianza. Tengo la certeza de que les cumplí. ¡Dios bien lo sabe y la Historia lo proclamará!

Muchas gracias